

EL MUNDO ANDINO COMO PARADIGMA DE PERSEVERANCIA EN SU ANCESTRAL CULTURA Carmen Martín Rubio (ACISAL)

RESUMEN

El presente trabajo demuestra que, a pesar de la rápida toma del Imperio Inca por Francisco Pizarro -según opiniones tradicionales, casi sin oposición- existió en aquellos territorios una fuerte resistencia en contra de la presencia extranjera, la cual comenzó desde los primeros momentos del encuentro y se extendió a lo largo de todo el virreinato peruano. Se manifestó por el tajante rechazo de los indígenas a las formas religiosas y culturales de Occidente, junto con infinidad de levantamientos o rebeliones, originados con la intención de reinstaurar su régimen gubernamental, así como sus ancestrales creencias y ritos.

ABSTRACT

Taking primary historic documents as the main source, this work attempts to show the ways and motivation of the indigenous active resistance against the Spanish political and ideological domination over the Inca realm, and points how such resistance lasted till the end of the virreinal period.

Los Incas fueron una etnia muy poderosa, al parecer de origen aymara -Bolivia-, que se estableció en un valle andino de la hoy denominada ciudad del Cusco en Perú, hacia el siglo XIII de nuestra era, desde donde se extendió al norte y sur de su territorio y formó el gran imperio del Tahuantinsuyo, ya en pleno siglo XV. Este imperio, de características teocráticas, gobernando bajo una especie de socialismo paternalista, llegó a alcanzar un radio de más de cuatro mil kilómetros, equivalente a las actuales repúblicas de Perú, Bolivia, Ecuador y hasta el noroeste de Argentina, sur de Colombia y el río Bio-Bio en Chile. A la vez, los Incas supieron estructurar una sólida economía, basada fundamentalmente en el laboreo intensivo de la agricultura, y contaron con un fuerte ejército bien armado y disciplinado. Su nivel político, religioso y administrativo, fue, sin duda, el más alto de todas las culturas indígenas americanas. Muestras derivadas de aquella eficaz organización son algunas de las magníficas estructuras conservadas de sus palacios y templos, e incluso de ciudades: baste citar en este sentido al Coricancha de Cusco, a Machu Picchu y al mismo Cusco.

Por todo ello, se ha hablado mucho del sorprendente y súbito desmoronamiento de tan gran Estado, a la llegada de un puñado de españoles -al mando de Francisco Pizarro- el 16 de noviembre de 1532; desmoronamiento acentuado el 26 de julio de 1533 con la muerte de Atahualpa, el último omnipotente monarca, anterior a la incursión europea; porque nada más producirse estos acontecimientos, el adelantado Francisco Pizarro se proclamó -aparentemente sin ninguna oposición- gobernador de tan extensos territorios, en nombre del emperador Carlos V.

Sin embargo, los hechos no fueron como a primera vista parecen. Por el contrario, se produjo en los territorios andinos una tenaz resistencia en contra del dominio español a lo largo de todo el virreinato peruano, además muy convulsionado por frecuentes rebeliones de

los propios conquistadores y de los indígenas y, todavía más profundamente, por el rechazo de las formas culturales y religiosas de Occidente, de parte de éstos últimos. Pero a pesar de todo lo escrito sobre el pueblo Inca, su impresionante historia, ha eclipsado estas luchas, unas veces abiertas y otras secretas, en que se intentó reinstaurar el legado del Tahuantinsuyo, quizá por carecer de la enorme brillantez alcanzada durante la etapa imperial. Por fortuna, ahora nuevas fuentes históricas y recientes estudios, ponen de evidente manifiesto tan enérgica oposición.

En el presente trabajo, pretendo analizar el intento de gran parte de las etnias indígenas por mantener sus tradiciones y libertades, en las primeras décadas del moderno Perú, después del arribo de los conquistadores europeos; y digo "de gran parte", porque algunas de ellas -muy descontentas de la opresión incaica- se unieron de inmediato a los extranjeros; buen ejemplo son las de los cañaris y huancas.

Dos documentos, aparecidos hace poco tiempo, y gestados en dicho período, arrojan luz esclarecedora sobre hechos tan importantes. La firma del primero pertenece al cronista español, Juan de Betanzos, quien casado con Cuxirimay Ocllo, la piuihuarmi o esposa principal de Atahualpa, compuso en 1551 una crónica de total carácter indigenista, titulada *Suma y narración de los Incas*, la cual fue descubierta y publicada por mí en 1987, tras haber estado perdida durante cuatrocientos treinta y cinco años. La crónica de Betanzos cuenta la más verídica historia del pueblo Inca, desde una genuina versión oral, recogida de personajes pertenecientes a las élites del Imperio y, al mismo tiempo, los primeros levantamientos indígenas, en los que el autor fue testigo directo e incluso mediador, en calidad de hombre de confianza, de los gobernantes virreinales y de los personajes reales del Incanato, como atestiguan Tito Cusi Yupanqui y Garcilaso de la Vega. (Tito Cusi Yupanqui 1988:224). (Garcilaso de la Vega s.f.: Cap. IX, pgs. 140-141).

El otro documento, se debe a la pluma de un cura o doctrinero español, que trabajó en Charcas o Alto Perú, desde donde redactó en 1587 una carta de cuatrocientas setenta y seis páginas, dirigida al entonces rey de España, Felipe II. En ella, hace un análisis sistemático del estado de la evangelización en los territorios andinos, aludiendo constantemente al fracaso de la Iglesia Católica, por la resistencia del pueblo llano a aceptar su religión. Aunque el título no parece originario, pues posiblemente no lo tuvo hasta finales del siglo XIX, se la conoce como *Costumbres de los indios del Perú*; todavía está inédita, pero creo que verá la luz en los próximos meses.

Una vez expuestos estos precedentes, en primer lugar abordaremos los esfuerzos llevados a cabo por los descendientes de los monarcas incaicos, en su tardío afán de restablecer el Estado Inca, cuando ya se había superado la sorpresa de la llegada europea; después examinaremos la radical y secreta oposición de las gentes sencillas del Imperio: campesinos y pastores, en admitir las nuevas formas culturales procedentes de Europa.

EL TAHUANTINSUYO A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Al inicio del siglo XVI, gobernaba en el Tahuantinsuyo el poderosísimo rey Huayna Capac, quien se había encontrado con un enorme Estado, formado en la centuria anterior, por su abuelo Pachacuti Inca Yupanqui y su padre, Tupac Inca Yupanqui. Casi todo su reinado lo dedicó a la pacificación y a la represión de pueblos, como los chiriguanos, carangues, otavalos, etc. -que continuamente se alzaban- tratando de imponer desde Quito la paz incaica en todas las provincias sojuzgadas; aunque también realizó la anexión de otras etnias, por ejemplo la de los chachapoyas (Betanzos 1987:189)

En medio de estas circunstancias, a finales de 1526 desembarcaron los españoles en

la bahía de San Mateo, al mando del extremeño Francisco Pizarro. Según Betanzos, cuando llegaron los mensajeros de Tumbes, anunciando la noticia, Huayna Capac acababa de morir en Quito, a consecuencia de una enfermedad de lepra (seguramente viruela o sarampión), tal vez contagiada por los europeos desde Centro América; si bien estudios muy recientes, indican la posibilidad de que hubiera sido asesinado. (Guzmán Palomino 1997:174).

Nada más suceder el óbito se desató una tremenda crisis sucesoria en el Incanato. Por un lado, aspiraba al trono el hijo mayor e ilegítimo, Atahualpa, que desde muy niño, según Betanzos, se hallaba guerreando con Huayna Capac en Quito; y por tanto contaba con el apoyo del ejército, en el que se integraban las *panacas* reales o familias elitistas del Hanan -la parte alta- del Imperio; por otro, Huascar también ilegítimo, al parecer correinante en Cusco (Guillén 1994:26), se proclamó nuevo Sapa Inca, ayudado por los sacerdotes, miembros de las panacas correspondientes al Urin; aunque coinciden todos los cronistas en que, realmente, el heredero era Ninan Cuyochi, un hijo muy pequeño legítimo, muerto igualmente de lepra, casi al mismo tiempo que Huayna Capac.

En tanto, Francisco Pizarro, que como se ha dicho había llegado con una sola nao y alrededor de veinte hombres a la bahía de San Mateo en Tumbes, regresó a Panamá y mostró los objetos de oro y plata hallados en las remotas tierras descubiertas en aquel riquísimo y legendario reino. Ante su vista, no le fue difícil entrar en sociedad con Diego de Almagro y el religioso Hernando de Luque, para realizar una expedición oficial descubridora y colonizadora; pero antes, entre todos acordaron que Pizarro pasase a la Península, con el fin de que se entrevistase con el emperador Carlos V y negociara los términos de la conquista. Así se hizo, y el Emperador, avalando el proyecto, otorgó a Pizarro en Toledo la gobernación de la Nueva Castilla o del Perú el 26 de julio de 1529; éste último fue el nombre con el que se comenzaba a conocer al Tahuantinsuyo.

Mientras tan significativos hechos sucedían en España, en el Cusco, según Betanzos, Huascar fue proclamado sucesor de Huayna Capac, con el consiguiente descontento de los otros hermanos. De ahí que mandase matar a Kusi Atauchi y a varios de sus parientes por sospecha de insurrección. (Guillén 1994:26). Atahualpa se salvó por hallarse de gobernador en Quito; además, Huascar, de inmediato ratificó su ascendencia Urin, por parte de madre, y comunicó a sus súbditos que Atahualpa, de procedencia Hanan, estaba preparando un gran ejército para ir contra él. Nuestro cronista Betanzos dice que no era cierto, pues aquél le había ofrecido acatamiento; pero temiendo perder los territorios quiteños, así lo entendió el confuso pensamiento de Huascar. Por ello armó a diez mil hombres y se enfrentó a su hermanastro.

Mas el elevado número de soldados, no fue óbice para que Atoq, el general del monarca cusqueño, cayese derrotado ante las tropas de Atahualpa en el primer encuentro. Sin embargo, a partir de entonces los combates se continuaron, siendo las crueldades y durísimos castigos, los matices cotidianos de la contienda en ambas filas, hasta el definitivo derrocamiento de Huascar en 1532 -como cabía esperar que sucediese- pues los soldados de Quito al mando de Atahualpa -según se ha visto- estaban muy avezados en combatir; no sólo por intervenir en constantes represiones contra las etnias levantiscas de su zona, sino también en las restantes provincias del Imperio; en cambio, los cusqueños se habían dedicado a controlar la administración del Estado desde su ciudad y a dirigir la iglesia incaica. Ahora bien, en esas fechas y como consecuencia de las cruentas venganzas entre uno y otro bando, los componentes de las panacas reales -tanto del Urin como del Hanan, que eran quienes realmente en el fondo se disputaron el poder- prácticamente habían sido aniquilados, y con ellos, las mentes pensantes y dirigentes del Tahuantinsuyo.

En estos cruciales y difíciles momentos apareció de nuevo Francisco Pizarro, acompañado por ciento ochenta y cinco hombres y treinta y siete caballos. Eran los comienzos del año 1531. Atahualpa, virtual vencedor de su hermano Huascar, cuando se enteró de la

llegada, además de no dar importancia al escaso número de gente, les tomó en un principio por viracochas -nombre derivado del dios Contiti Viracocha- quien, según la tradición andina, a continuación de haber creado a todos los seres, se fue por el mar; justo por donde entonces venían aquellas extrañas gentes, de características también similares a las del antiguo dios.

Después del cruce de varias embajadas, en las que hubo intercambio de regalos y mutuo espionaje entre Pizarro y Atahualpa, este último dudó de la supuesta divinidad de los españoles, y accedió a mantener una entrevista con el Apu o jefe extranjero, en la ciudad de Cajamarca, en la cual se hallaba tomando baños termales. Pero en realidad el monarca andino, tenía el secreto propósito de terminar con aquel puñado de invasores, pues según el cronista Cieza de León, contaba con ciento setenta mil soldados, a los cuales mandó ir armados debajo de las ropas, pese a que aparentemente se había concertado un encuentro pacífico (Cieza de León 1969:168-169).

Por desgracia para él, los hechos no se correspondieron con sus pensamientos, pues fray Vicente Valverde -capellán de las tropas españolas- hizo a Atahualpa un corto e ilógico monólogo en castellano, y aunque le fue traducido por un lengua o intérprete, el monarca no entendió nada, ya que el fraile le habló de Dios y de su doctrina, contenida en la Biblia, el sagrado libro de los cristianos, que a la vez le mostró. Como es natural el Inca, ignorando qué cosa era un libro, lo pidió para verlo. El religioso se lo entregó cerrado, y al no acertar a abrirlo, Valverde extendió el brazo para ayudarlo, ante lo cual Atahualpa, con gran desdén, le dio un golpe, no queriendo que lo abriese otro, sino él mismo. Al fin lo consiguió, y tal cual era de esperar, el papel y las letras no le dijeron nada, por lo que con gran desprecio, lo arrojó al suelo, a cinco o seis pasos de sí. Tras esto, el fraile se fue hacia donde estaba Pizarro y le contó lo sucedido; y al mismo tiempo, le incitó a atacar; por eso el Gobernador de inmediato se abalanzó sobre Atahualpa. Este hecho fue el detonante que hizo salir a sus hombres con los caballos, disparar los cañones, los arcabuces y agredir con las espadas a los guerreros incas, quienes sorprendidos por los metales, las armas de fuego y el temor a los caballos, no pudieron impedir la captura de su caudillo, quedando heridos o muertos muchos de ellos.

A continuación la historia es muy conocida: después de haber entregado Atahualpa un impresionante rescate de oro y plata, surgieron sospechas de que se hallaba preparando una fuerte rebelión; a consecuencia de lo cual, tras un rapidísimo y somero juicio, Atahualpa fue sentenciado y muerto.

Pizarro quedó entonces como gobernador en los inmensos territorios, pero desde los primeros momentos advirtió que no podía entenderse con tantos curacas o jefes de pueblos tan alejados y diferentes. Ello le llevó a comprender la urgente necesidad de designar a un representante real del Imperio; y así, hizo comparecer en Cajamarca a todos los señores indígenas que allí se encontraban, y en su presencia y con su consejo, nombró Inca a otro hijo de Huyna Capac, también hermanastro del monarca ejecutado; se llamaba Tupac Hualpa o Toparpa -según algunos cronistas- y le investió con los honores que le correspondían como a un legítimo descendiente del Incanato.

Creyó Pizarro que de esta forma tranquilizaría al país; sin embargo los indios obedecían más al general de Atahualpa, Chalcuchima, que al nuevo monarca, a quien por cierto enseguida el general envenenó, engañándole con un vaso de chicha -la cerveza andina hecha con maíz-, por lo que su reinado fue muy efímero. Mientras, los ánimos de la gente cada vez se hacían mas violentos; instigados, no sólo por Chalcuchima, también por los otros capitanes de Atahualpa, querían vengar su muerte y expulsar a los invasores; pero tras varios enfrentamientos con los españoles, no consiguieron vencerles.

MANCO INCA

Ante tal situación, es fácil imaginar el clima de inseguridad existente en el Perú, no sólo para los extranjeros, igualmente para los mismos naturales, que eran los que sufrían las más graves consecuencias de saqueos y muertes. Todo ello indujo a Pizarro a elegir en 1533 como nuevo Inca a otro hijo de Huayna Capac, que se hallaba huído y temeroso de los soldados de Quito -partidarios de Atahulapa- pensando que a la vez terminaría con las viejas rivalidades de las antiguas panacas reales, rivalidades todavía muy vivas en el territorio. Tomó el nombre de Manco Inca, y aunque en los comienzos del nombramiento luchó a favor de los españoles y en contra de los quiteños, mantenía oculta la loable pretensión de restaurar algún día le hegemonía de sus antepasados.

Entre tanto, la presencia europea se iba asentando poco a poco; surgieron ciudades de corte castellano, como Jauja, San Miguel de Piura, Trujillo, Lima, Cusco y Cajamarca, éstas dos últimas por refundación de las antiguas urbes incaicas. En todas, el estamento indígena jugó un papel muy importante, porque aunque jurídicamente se consideró al indio libre y vasallo del rey de Castilla, en la práctica era el pechero que había de ayudar a sostener las cargas del nuevo Estado, y a la vez realizaba indiscriminados trabajos para los conquistadores, a través de las encomiendas.

En medio de esta situación, se agravó el descontento de Manco Inca, al comprobar que su poder no era efectivo, sino muy ficticio y dependiente de los extranjeros, quienes tras los grandes repartos de tierras y aborígenes efectuados en Cusco por Pizarro, ganaban cada vez nuevas posiciones; por otra parte, los hermanos del gobernador, en especial Hernando, acosaban a Manco encarcelándolo y pidiéndole continuamente grandes y nuevas contribuciones de oro, plata y mujeres hermosas. (Tito Cusi Yupanqui 1988:179; Betanzos 1987:299). Todo ello provocó una conspiración entre el monarca andino, sus capitanes y Vilaoma -especie de papa o jefe espiritual del Imperio-; y un día, bajo pretexto de entregar a Hernando Pizarro una estatua de oro macizo del tamaño de un hombre, con tripas y todo -que tenía en un pueblo próximo-, le dejaron salir del Cusco.

El asedio del Cusco

Como es de suponer, el Inca no volvió; por el contrario atacó y mató a los españoles asentados en los pueblos cercanos, y también a los cerdos, su principal despensa. Seguidamente, aglutinó a unos doscientos mil hombres que ya estaban sobre aviso, y puso cerco al Cusco. Hernando Pizarro, al darse cuenta de la treta, hizo juntar a la poca gente que se encontraba en la ciudad, puesto que la mayoría había salido hacia Chile con Diego de Almagro en una expedición descubridora, y si bien halló sobre doscientas cincuenta personas, solamente cien estaban preparadas para pelear, pues las restantes eran enfermos, frailes, clérigos y adolescentes. Por lo tanto, había para cada español quinientos indios contrarios. Corría el año de 1536.

Trece o catorce meses duró el asedio, durante los cuales, los conquistadores estuvieron a punto de ser aniquilados en varias ocasiones. Betanzos, y en general todos los cronistas, dicen que los indios achacaron la victoria de éstos a la presencia de una Señora blanca, vestida también de blanco, con mangas muy anchas, quien extendiendo sus brazos, apagaba las flechas encendidas que ellos lanzaban a la iglesia; y asimismo contaron que, al ir los españoles a entrar en combate, se ponía delante un hombre de barba blanca y larga, cabalgando en un caballo igualmente blanco, que llevaba en el pecho una cruz roja, como el hábito de Santiago, y hacía mucho polvo, con el que cegaba a los enemigos, no pudiendo, por tanto, atacar los aborígenes. Lo cierto es que los recién llegados resistieron a todos los ataques y, pese a ser tan minoritarios, fueron poco a poco ganando los edificios claves de la ciudad hasta conseguir el levantamiento del cerco con el retorno de Diego de Almagro y su

ejército de Chile; ante cuya ayuda, las huestes incas tuvieron que replegarse.

Es de suponer la decepción sufrida por este pueblo, al escapársele de las manos una victoria, considerada favorable en los comienzos del enfrentamiento, dada la enorme superioridad numérica de los combatientes, que además se hallaban dominados por el irrefrenable deseo de aniquilar a los extranjeros y expulsarlos. Tal vez, la explicación de la derrota provenga de la ausencia de un líder, con el estilo y carisma de Huyana Capac o Atahualpa, y en el hecho de que Manco Inca nunca hubiese estado presente en el cerco del Cusco. Además, aunque el ejército era enorme, no estaba bien aprovisionado, ni siquiera de las armas habituales, y había en él muchas mujeres y niños, que en vez de colaborar, estorbaban los movimientos de los hombres; e igualmente, no se puede obviar, que los españoles, junto a su superioridad armamentística, contaron con la eficaz alianza de los cañaris y yungas de la costa.

Tampoco consiguieron vencer las huestes indígenas, aunque estuvieron a punto, en otro asedio que por las mismas fechas pusieron a Lima. En sucesivas escaramuzas se sobrepusieron los indios a pequeños socorros, mandados desde aquella ciudad al Cusco; pero nunca obtuvieron un triunfo definitivo, si bien algunas veces se incautaron de buenos botines, entre los que había caballos, ropas y armas españolas, que ya consideraban de mucha utilidad, pues a pesar del rechazo, en muchos aspectos materiales, la aculturación se iba imponiendo.

VILCABAMBA

Cuenta Tito Cusi, uno de los descendientes reales del Imperio, en la Instrucción que dirigió a Felipe II en febrero de 1570, que nada más producirse la derrota, Manco reunió a sus subditos y les comunicó su intención de internarse en la selva de Vilcabamba; y así partió para el territorio de Vitcos en el Andesuyo, al este del Perú. Con unos cientos de seguidores, llegó al mencionado lugar, situado a unos ciento setenta y cinco kilómetros de Cusco, donde instaló su corte e inició una continuada guerra de guerrillas, propiciando en cada frecuente incursión a ciudades, caminos y pueblos, gran cantidad de asaltos, robos y destrucciones. (Martín Rubio 1988:201).

Desde muy pronto, los españoles quisieron terminar con aquel estado de inquietud, para lo cual armaron en el Cusco pequeños ejércitos; a veces conseguían llegar hasta donde estaba el Inca. En una de estas contraofensivas le tuvieron tan acosado, que incluso le quitaron las andas de desplazarse y el trono. Manco pudo escapar, pero murieron muchos de sus hombres. Entonces, no sintiéndose seguro y pensando en trasladarse a Quito salió de sus tierras; mas, al llegar a la ciudad de Guamanga, se enteró de que ya estaban muchísimos españoles por todas partes, y les sería muy fácil esperarle en algún paso y prenderle, ante lo que decidió volver a la selva. A partir de ese momento, extendió a sus hombres por las verdes montañas y las convirtió en el corazón de la resistencia contra el enemigo invasor, creando entre otros pueblos, la ciudad de Vilcabamba, a la que dio el rango de capital del reino sublevado.

Un día, estando el Inca descansando en Vitcos, llegaron a pedir refugio siete españoles, derrotados por Vaca de Castro en la batalla de Chupas, junto a Diego de Almagro el Joven, en septiembre de 1542. Manco les acogió muy bien; les permitió vivir allí: les dio casas, mujeres y hasta jugaba con ellos al serrón o paseaba a caballo. De esta forma transcurrió algún tiempo, cuando repentinamente apareció en Vilcabamba un mestizo que fingió llegar huído del Cusco; el Inca, como le viese desastrado, mandó vestirle de terciopelo y le dio lo necesario para su subsistencia. Pero en realidad, el mestizo llevaba una carta secreta para Diego Mendez -uno de los siete españoles protegidos- en la que se le invitaba a

unirse a la conspiración fraguada en dicha ciudad, para matar a Manco. Aceptó Mendez y al comunicárselo a los restantes españoles allí refugiados, también éstos se adhirieron al plan.

Mientras tanto, el monarca sublevado, en su enorme deseo de acabar con los extranjeros afincados en Cusco, llamó a solas al mestizo y le interrogó sobre el número de hombres y caballos existentes en la ciudad, y también el nombre de quién la mandaba; le respondió que sólo se encontraban unos cincuenta, sin caballos, porque todos los tenía Gonzalo, el menor de los Pizarro, que se había sublevado en contra de la corona española por defender los derechos de los encomenderos, a raíz de la publicación de las Leyes Nuevas en Perú; así pues la gente se hallaba descuidada y tranquila.

Al oír aquellas explicaciones, Manco pensó que era un momento propicio para atacarles, coger un fuerte botín y llevarse a las mujeres peninsulares. Sus capitanes aceptaron de buen grado la empresa; por ello, se prepararon y partieron todos menos sesenta indios, entre los cuales sólo quedaron diez flecheros. Según Betanzos, después de haber salido los capitanes y soldados, Diego Méndez invitó al Inca a jugar al serrón; al no querer participar, le pidió que actuase como juez; antes de empezar, el Inca habló con un mensajero de su ejército, y justamente, en el momento en que volvió la cabeza hacia él, todos los españoles se le abalanzaron, y uno, Gómez Pérez, sacó su daga y le asestó una puñalada en el pecho. Ante el inesperado ataque, Manco le tiró una manta a los ojos y lo mismo hicieron los dos señores que le acompañaban; sin embargo, Gómez tuvo tiempo de darle otra puñalada, tras la cual el Inca cayó al suelo. Los agresores huyeron, pensando que estaba muerto. No fue así, pero únicamente vivió tres días más. Era el año de 1544.

SAYRI TUPAC

Dejó Manco al morir tres hijos: Sayri Tupac, legítimo; Tito Cusi Yupanqui, ilegítimo y Tupac Amaro, legítimo. Correspondió el trono vilcabambino, por ser el primogénito, a Sayri Tupac. Como sólo contaba unos diez años, un tío, que había sido capitán de Huyna Capac y del mismo Manco, asumió la regencia continuando con la misma política de ataques y robos en las ciudades de la Sierra. Ahora bien, desde fechas muy tempranas, la corona española había iniciado conversaciones para sacar de paz al Inca alzado en Vilcabamba. Ya en 1542, el gobernador Vaca de Castro envió tres embajadores a Manco para negociar, mas no se llegó a ningún acuerdo. Según Betanzos, el monarca pensaba reanudarlas con el virrey recién llegado, Blasco Núñez de Vela, que sustituyó al gobernador, pero no pudo ser por el rápido prendimiento y destierro de éste, llevado a cabo por el bando pizarrista, que como se ha dicho, se hallaba sublevado bajo las órdenes de Gonzalo.

También el presidente Gasca intentó conseguir acuerdos, cuando terminada la revuelta de los encomenderos en la batalla de Xaquixahuana, envió a Vilcabamba a Paullu, un hermano de Manco, que había aglutinado en torno a sí a los escasos supervivientes de las panacas cusqueñas del Urin, aún enfrentadas con las del Hanan. Desgraciadamente, el príncipe enfermó en el camino y tuvo que regresar al Cusco, donde murió en 1549; y desde esta fecha hasta el año de 1555, las negociaciones quedaron interrumpidas por diferentes acontecimientos políticos ocurridos en el naciente Perú.

Fue el virrey Marqués de Cañete quien las reinició en cumplimiento de una Real Cédula del emperador Carlos, a través de una comisión, en la que participó el cronista Juan de Betanzos; y aunque en ese momento no se alcanzó la salida de Sayri Tupac, se aceptó que algunos de sus súbditos se desplazasen a la ciudad de Lima para tratar directamente con el Virrey. Después de varios días de entrevistas, el Marqués de Cañete le concedió diecisiete mil castellanos, una importantísima encomienda en el valle de Yucay y terrenos encima de la

fortaleza del Cusco para que construyese su casa. Con esto abandonó Sayri la selva y se dirigió a Lima, donde le fueron ratificadas las propuestas, a condición de que se fuera a vivir al Cusco, y pudieran entrar frailes o clérigos a predicar en Vilcabamba.

Y tal como se le pidió, Sayri se integró en el nuevo virreinato. Una bula papal le había permitido casarse con su hermana Cusi Huaray, quien apenas contaba diecisiete años; pero a cambio se le exigían a él y a su esposa un fuerte adoctrinamiento en la religión cristiana y, posteriormente, el bautismo a ambos. Por su gran fama y ejemplar vida, se eligió al agustino fray Juan de Vivero para realizar aquel cometido; y en efecto, el fraile debió de hacerlo con mucho éxito, porque a finales de 1558, el joven matrimonio estaba apto para recibir el bautismo también de sus manos.

Ya cristiano, el joven Sayri Tupac quedó viviendo entre los españoles en su encomienda de Yucay, situada en el Valle Sagrado de los Incas, muy cerca del río Urubamba. Parecía que así estaba resuelto el problema con los herederos del imperio del Tahuantinsuyo; mas a los tres años de su salida de Vilcabamba, el monarca murió, al parecer envenenado por el cacique principal del pueblo, Francisco Chilque; si bien no se le pudo probar su culpa (Villanueva 1970:9).

TITU CUSI YUPANQUI

Sayri Tupac hizo testamento y dejó por sucesor a su hermano Tupac Amaru, hijo legítimo de Manco Inca, como ya se dijo. Este príncipe radicaba en Vilcabamba y era de corta edad. Pese a ello, al llegar la noticia de su muerte, el otro hijo bastardo, Tito Cusi Yupanqui, que al parecer contaba unos ventiseis años, se proclamó señor de aquellos territorios. A Tupac, con intención de desprestigiarle llamó *uti*, "bobo", y lo encerró en las casas de las *mamaconas* o vírgenes del Sol, para que estuviese al servicio del dios Punchao, el dios solar del comienzo del día.

Y si Sayri Tupac se mostró como todo un pacifista, en cambio Tito Cusi hizo gala de gran belicosidad desde los primeros momentos de su mandato. Continuamente preparaba excursiones a sus hombres, atacando de nuevo pueblos, ciudades y caminos. De esta forma consiguió dominar en poco tiempo muchas tierras, en las que producía maíz, cañagua, quinoa y bastante cantidad de coca en los valles calientes de Avisca y Muhina, desde donde era transportada al Cusco, Abancay, Andahuaylas y el Collao, lugares de buena demanda. Sin duda era rico.

Como es de suponer la corona española, en su afán de terminar con tan molesta situación, nuevamente reinició negociaciones, bajo el mandato del gobernador Lope García de Castro, enviando al mensajero Rodríguez de Figueroa, quien encontró al Inca lujosamente ataviado. Tito las aceptó y nombró por apoderado de sus asuntos en el Cusco al cronista Juan de Betanzos, casado con su tía Cuxirimay Oclo.

Por entonces, 1565, corrió el rumor de que se proyectaba un levantamiento general en todos los Andes, en el que parecía se hallaba implicado el monarca vilcabambino. Se trataba de un movimiento surgido cerca de Guamanga o Ayacucho, en las márgenes del río Pampas. Llevaba por nombre Taqui Onko o Taqui Onkoy, que significa: enfermedad del baile, aludiendo a las sacudidas o convulsiones sufridas por sus adeptos. Estaba encabezado por un indígena poco conocido hasta entonces: Juan Chocne o Chocno (Busto 1978:379).

El movimiento preconizaba el culto a las huacas o divinidades locales, de raíces muy anteriores al gobierno incaico, y rechazaba todo contacto con la cultura europea. Dos centros espirituales andinos se tomaban como base: la huaca de Pachacamac en la costa y la de Titicaca en el altiplano, la antigua región denominada entre los incas Collasuyo. Sin embargo

a diferencia de éste, los sublevados en Vilcabamba admitían todo lo hispano que consideraban positivo para sus formas de vida, por lo que parece estar descartada la intervención de Tito Cusi.

De suerte para los gobernantes españoles, lo descubrió el cura Luis Olivera, quien denunció que en la provincia de Parinacochas se había propagado una idolatría reveladora de la resurrección de las huacas, vencidas en 1532, en Cajamarca ; de inmediato, la Iglesia envió al clérigo y presbítero Cristobal de Albornoz a Guamanga, Arequipa y Cusco, quien halló gran cantidad de datos y testimonios que permitieron conocer a fondo la naturaleza del movimiento nativista; y consecuentemente, los reponsables fueron perseguidos, quedando ahogado aquel profundo intento de rebelión religioso.

En cambio, el reino inca de Vilcabamba se hacía cada vez más fuerte, lo que desasosegaba a las autoridades hispanas, por el peligro que suponían los incontrolados ataques a viajeros y ciudades, en especial de la sierra. Una de ellas, el oidor Matienzo, deseando terminar de una vez para siempre con aquella situación, pidió al gobernador Lope García de Castro provisiones, mediante las cuales entre otras mercedes, se perdonase a Tito Cusi y a los suyos de los delitos que hubiesen cometido, y que se casase a su hijo Quispe Tito con doña Beatriz, la hija de Sayri Tupac y Cusi Huarca, para que pasase a su poder la sabrosa encomienda de Yucay, heredada por ella, pero el gobernador envió todas las provisiones establecidas, excepto las del perdón.

Como respuesta Tito mandó al Cusco a seis de sus capitanes con una carta por la cual invitaba a Matienzo a entrevistarse con él en el puente de Chuquisaca. El cabildo lo aprobó, y el Oidor acudió con veinte acompañantes bien armados. Allí se volvieron a reafirmar los acuerdos, y se estipularon las capitulaciones de Acobamba, por las que el Inca sublevado se hacía vasallo del rey de España y aceptaba la presencia de un secretario o corregidor y de varios frailes para que predicaran la doctrina cristiana en Vilcabamba.

Sin embargo, tampoco entonces se avino a salir Tito, porque faltaba el perdón, y además sus capitanes no veían bien la cláusula por la que debían dejar libres a los indios capturados en los frecuentes saqueos de pueblos y ciudades, quienes se habían convertido en sus servidores, y para los que el Rey ordenaba la libertad; pero, tal como se convino, sí accedió a la entrada de dos clérigos o frailes y de un corregidor español. Por lo tanto, en teoría ya había paz.

En un principio ningún religioso se atrevió a entrar. Después fray Antonio de Vera dio las aguas bautismales a Quispe Tito, el hijo heredero. Al poco tiempo, el mismo Tito Cusi pidió ser cristiano; por tal motivo, inquirió cuál era la orden de más prestigio en el Cusco, y quién podía ser la persona idónea que le adoctrinara. Le contestaron que la de San Agustín poseía la máxima autoridad, y su prior el fraile de más prestigio. Según estas recomendaciones, el Inca escribió varias cartas al padre Vivero, quien había instruido a Sayri Tupac, y como el monarca dice en su Instrucción, "al ser tan honrado", se tomó el trabajo de ir a sus tierras.

Llevó Vivero consigo a otro religioso: fray Marcos García, y a dos civiles: Gonzálo Pérez de Vivero y a Atilano de Anaya, un comerciante cusqueño de gran prestigio, que poco después moriría en la propia Vilcabamba, llevando una embajada, encomendada por el virrey don Francisco de Toledo. Catorce días estuvo fray Juan enseñando al Inca y en la fiesta de San Agustín de 1568, le bautizó. Todavía permaneció ocho días más para ratificarle en la fe; y a continuación salió hacia Lima, dejando a fray Marcos García para continuar su labor, y al mismo tiempo edificar iglesias, donde enseñar la religión a los indios que aceptaban ser cristianos.

Al comienzo todo iba bien, Tito ayudado por fray Marcos escribió entonces su famosa *Instrucción a Felipe II*, fechada en 1570, en la que además de justificar el alzamiento de su padre, pedía una serie de derechos a la corona española, como legítimo descendiente de los

monarcas incas; y los ratificó mucho más explícitamente en una carta enviada al virrey don Francisco de Toledo, en la que exigía nuevas condiciones. Entre tanto, llegó para continuar las tareas de evangelización, un nuevo agustino: Fray Diego Ortiz; mas Tito en vez de vivir cristianamente, seguía celebrando en Vilcabamba sus habituales fiestas paganas y conviviendo con sus concubinas, olvidándose de que era cristiano. Fray Marcos García le reprendía aquellos hechos, por lo que le tomó gran aversión; al darse cuenta, el fraile consiguió salir de Vilcabamba, tras varias retenciones ordenadas por el rey, y quedó sólo Fray Diego.

Repentinamente, apareció un español y pidió permiso a Tito para descubrir minas; éste se lo dio, mas cuando el español encontró buenas vetas, varió de parecer y le mandó matar, quizá pensando que al saberse en el Cusco, sus tierras se llenarían de codiciosos españoles. El agustino trató de impedirlo, y no habiendo podido hacer nada para salvarle, buscó su cuerpo con el fin de darle sepultura; entonces el Inca le advirtió que de seguir en su empeño, le quitaría la vida también a él; pero no fue así porque a los ocho días de estos hechos, Tito se sintió muy enfermo, y venticuatro horas después murió. Algunos autores dicen que a consecuencia de una pulmonía, otros creen que fue envenenado por sus mismos capitanes, temerosos de que saliera al Cusco; lo cierto es que todos creyeron en Vilcabamba que fray Diego era el culpable. Le apresaron y ordenaron resucitar al Inca, y como no lo consiguió, le mataron en un lento y penosísimo martirio; y con él, al secretario Martín de Pando.

EL VIRREY D. FRANCISCO DE TOLEDO

Mientras estos acontecimientos ocurrían en la capital selvática, a finales de 1569, llegaba a Perú el virrey don Francisco de Toledo, hombre de carácter enérgico, y muy inteligente, que rápidamente emprendió la tarea de organizar el reino, legislando infinidad de ordenanzas en los gremios, pueblos, industrias, cultivos e instituciones. Se puede decir que él fue quien verdaderamente estructuró todo el territorio andino, después de conocerlo en profundidad, mediante una larga visita general que duró cinco años, y con el asesoramiento de gente de mucho prestigio. Hasta tal punto fue efectivo, que incluso algunas de sus leyes siguen vigentes hoy, sobre todo en las comunidades indígenas de la Sierra.

Con respecto a Vilcabamba, don Francisco se propuso terminar de una vez con la insurrección. Para ello, ignorando todavía la muerte de Diego Ortiz, del secretario Pando, y del propio Tito, mandó en julio de 1571, al dominico Gabriel de Oviedo y al licenciado García de los Ríos, autorizando documentalmente el matrimonio del heredero Quispe Tito con su prima la ñusta Beatriz; y en general todo lo acordado en Acobamba, incluía la cláusula del perdón. Pero los emisarios, retenidos por los centinelas, no pudieron pasar; y al cabo de varios meses de espera, en octubre después de sufrir un ataque en el que algunos murieron, otros regresaron heridos al Cusco, sin haber conocido los hechos ocurridos en el interior de la selva.

Enterado don Francisco del fracaso de la embajada, envió otra nueva al mando de Atilano de Anaya, quien, como se ha dicho, había entrado en el reino inca sublevado, cuando se hizo cristiano Tito Cusi, por lo que se le consideraba su amigo. Llevaba una carta conminándole a aceptar el gobierno virreinal, por su propia seguridad y la de los suyos (Guillén 1995:149); mas la misiva nunca llegó a la capital del Inca, porque Anaya fue muerto por los centinelas al cruzar el puente de Chukichaka.

El Virrey, ante tan belicosa actitud, decidió cambiar de estrategia y hacer la guerra. Para entonces había escrito una carta a Felipe II (en 1570) diciéndole que Tito Cusi era hijo ilegítimo; que tan sólo contaba con quinientos indios de guerra; que sus únicas defensas eran las riberas de los ríos Apurímac y Urubamba, más el áspero de las montañas; y que con muy poca gente se podría acabar con aquel padrastro (Levillier 1935:tomo III, pg. 344). Después

consultó con el Consejo de Indias y le respondió que los indios rebeldes debían ser tratados bajo las mismas penas que los españoles; es decir, como reos de lesa majestad y de muerte.

TUPAC AMARU I

No sabía don Francisco que nada más morir Tito Cusi, como si todo hubiera estado preparado, sacaron de las casas del Sol a Tupac Amaru, su hermano menor, y le nombraron nuevo Inca, prosiguiendo con él la guerra de guerrillas; así pues, aunque no tuvo conocimiento de lo ocurrido, por todo lo ya expuesto, y viendo la dificultad de establecer nuevas tentativas de paz, el Virrey organizó la invasión de Vilcabamba.

Para ello, en primer lugar, averiguó muy concienzudamente cuales eran los mejores caminos de entrada (Manuscrito 3040, folio 95. Biblioteca Nacional. Madrid); sobre la aspereza de los pasos, y la fuerza de hombres existente en esos momentos; y también, si el Inca había pactado con otras etnias selváticas. Después, cuando hubo obtenido los informes, don Francisco reunió al cabildo de Cusco y comunicó las muertes de Anaya, Pando y fray Diego Ortiz, pues ya había conocido las de estos últimos.

Como el cabildo estuviese de acuerdo con sus planes, el Virrey decidió formar un ejército de doscientos cincuenta hombres, a cuya cabeza puso al general Martín Hurtado de Arbieta. Entre otros capitanes iba Martín García de Oñaz y Loyola, sobrino de San Ignacio, quien, al igual que el resto de los componentes del ejército, tuvo que armarse, más a menudo y sustentar a los soldados de su compañía con recursos de su propia hacienda, sin recibir ayuda de la Caja Real. (Maurtua 1906:3-6).

Ya preparado el ejército, a finales de mayo de 1572, los españoles iniciaron la entrada en la selva por el puente de Chukichaka. Aunque los Incas lucharon muy valerosamente, tras varias pequeñas victorias, les derrotaron en la fortaleza de Huianapucará, y el 24 de junio de 1572 García de Oñaz y Loyola llegó con cincuenta hombres a Vilcabamba y la tomó. Tupac Amaru huyó con uno de sus capitanes a la tierra de los Manaríes, pero fue hecho prisionero en el valle de Mori (Ocampo 1909:317-320), igualmente por García de Oñaz y Loyola, en los últimos días de julio o primeros de agosto de 1572. (Guillén 1995:164) En el lugar donde se hallaba enclavada la ciudad inca de Vicabamba, Martín Hurtado de Arbieta fundó San Francisco de la Victoria de Vilcabamba, el 4 de octubre de 1572, en honor del virrey Toledo, impulsor de aquella conquista, y quedó como gobernador vitalicio de la provincia.

Tupac Amaru, junto con sus hombres, fue llevado al Cusco, donde después de ser alojado en el palacio de Colcampata, residencia del príncipe Paullu, se le juzgó y condenó a morir en la Plaza de Armas por haber matado a los mensajeros, a Pando, y al fraile Ortiz. Se le dio opción a ser bautizado -si lo deseaba- y como aceptó, se le puso el nombre de Felipe. A continuación, se cumplió la sentencia públicamente en la Plaza de Armas, entre grandes gemidos y llantos de sus gentes. Era el 23 de septiembre de 1572.

Esta ejecución tan rápida, sin duda alguna, desprestigió la figura del virrey Toledo, pese a haber estructurado tan perfectamente al nuevo Perú. Se ha hablado mucho del enojo de Felipe II, cuando se enteró de los hechos, y de sus enérgicos reproches, al decirle que no le había enviado a matar príncipes; sin embargo no hay datos que lo confirmen. No se olvide que el Virrey, además de su carácter severo, tenía instrucciones muy concretas para lograr la paz de aquel reino, siempre revuelto en las primeras décadas de su historia; por eso, antes de salir, se le encomendó actuar con dureza. Sólo de esta manera, se podría terminar con semejante estado de desafortunados acontecimientos; ahora bien, quizá fue excesivamente inflexible, pues pudo enviar a Tupac Amaru a España y evitar su muerte. Mas tal vez, algo de ese dicho descontento del Rey fue cierto, porque cuando Toledo entregó el gobierno a su

sucesor Martín Enriquez de Almansa y volvió a la corte, no se le recibió como merecía un personaje tan importante; por el contrario, incluso se le desterró, muriendo alejado años después.

El cuerpo de Tupac Amaru se veló en casa de Cusi Huaracay, viuda de Sayri Tupac; y al igual que a Atahualpa, se le hicieron solemnísimos funerales en la catedral de Cusco, tal como consideraron los gobernantes españoles que correspondía a su realeza; contaron con la asistencia de la élite conquistadora y del Virrey, vestido de riguroso luto; después se le dio cristiana sepultura en uno de los templos de la ciudad. Desgraciadamente, no existe unanimidad entre los cronistas al ubicar en cuál de ellos descansa.

La tradición cuenta, que Toledo mandó exponer la cabeza del Inca en una picota, para escarnio de su pueblo. Sin embargo, pasados algunos días de la colocación se pudo apreciar que, no sólo no se corrompía, sino que de continuo se volvía más hermosa. Gran cantidad de gente acudía a comprobar el hecho y al mismo tiempo a rendirle homenaje; ante lo cual, sabido por las autoridades virreinales residentes en el Cusco, la hicieron retirar y dispusieron que se enterrase con el cuerpo. (Ocampo 1906:327).

EL MITO DE INKARI

Como es lógico suponer, la muerte de Atahualpa y posteriormente la de Tupac Amaru I, se guardaron profundamente en la memoria del pueblo Inca, quien las transmitió de padres a hijos, con tanta fuerza que, muy poco después, a principios del siglo XVII en torno a ellas surgió el Mito de Inkari, el cual hasta hoy perdura, pues entre 1953 y 1972, se encontraron quince relatos en pueblos peruanos, contados en quechua por hombres de veinticinco a ochenta años. Muestra es la bella historia guardada en la comunidad de Queros. También se halló articulado con otras manifestaciones de la cultura popular andina, como son danzas sobre la captura de Atahualpa, su muerte, etc. Y, cuando a partir de 1968 irrumpió en el Perú un gobierno nacionalista, el mito se hizo muy popular; incluso llegó a inspirar el Sueño del Pongo de Jose María Arguedas.

Inkari simboliza las imágenes de Atahualpa y Tupac Amaru, y las une al concepto de resurrección de la Iglesia Católica: es el Inca que ha de retornar, trayendo la antigua prosperidad del Incanato, perdida a la llegada de los españoles. Hoy en día, supone una realidad sociológica, viviente en las comunidades indígenas, donde el mito es propiciado por sacerdotes mesiánicos con ritos de iniciación -igualmente de tradición andina-, para conseguir la vuelta de su soberano, a pesar de haber transcurrido más de cuatrocientos años. Es el llamado Pachacuti.

En apariencia, con la muerte de Tupac Amaru, terminó la abierta hostilidad de las élites Incaicas: no habían podido vencer a la superioridad técnica y cultural del Viejo Mundo y a la intrepidez hispana; pero no fue así, tan sólo quedó dormida durante dos centurias. Véase: Tupac Amaru dejó cinco hijos, dos varones y tres mujeres; dos de los hijos y una de las hijas -aunque de muy corta edad- fueron enviados a Lima por don Francisco de Toledo. Las otras dos hijas quedaron en el Cusco. Una de ellas, Juana Pilco Huaco contrajo matrimonio con el *curaca* o cacique de Surimáná, en Canas, don Diego Felipe Condorcanqui; y éste fue el abuelo de Jose Gabriel Condorcanqui -Tupac Amaru II-, el precursor de la independencia del Perú; quien, como su homónimo, murió ajusticiado por las fuerzas realistas en la plaza del Cusco en 1781, después de haber llegado a reunir un ejército de unos diez mil indios, que también luchó en contra del dominio español.

LA RESISTENCIA OCULTA

Si hasta aquí, he tratado de demostrar la resistencia al gobierno hispano, de parte de los príncipes herederos del Tahuantinsuyo, durante casi todo el virreinato peruano; ahora -y según anticipé en las primeras líneas de este estudio- vamos a centrar la atención en las gentes populares aborígenes, las cuales bajo una simulada sumisión, generaron también una oculta y profunda resistencia, tan radical como la potenciada por sus mismos gobernantes. Así se evidencia en gran cantidad de documentos, entre los que básicamente citaré a la ya aludida crónica inédita *Costumbres de los indios del Perú*.

En tal sentido, es preciso decir que, apenas dos décadas después del descubrimiento del subversivo movimiento religioso del Taqui Onqoy, y a tan sólo una de la muerte de Tupac Amaru I en Cusco, el cura doctrinero, Bartolomé Álvarez, dirigió en 1587 al rey Felipe II, una carta de cuatrocientas setenta y cuatro páginas -en tono entre indignado y depresivo- en la que le daba cuenta del fracaso de la Iglesia Católica en el Nuevo Mundo; muy especialmente, en los territorios andinos de Charcas o el Alto Perú, los cuales él conocía perfectamente por haber ejercido de párroco durante doce años en varias doctrinas, algunas ubicadas en ciudades tan importantes como Potosí, la rica villa que por entonces exportaba a Europa ingentes cantidades de plata.

LA ETNIA AULLAGA: SUS CREENCIAS

Concretamente, Álvarez escribe desde el pueblo de Aullagas, al sur del lago Poopó, a considerable distancia de la capital incaica, donde como se ha visto, sucedieron acontecimientos políticos y religiosos tan importantes. Era Aullagas un repartimiento de la corona, situado en el Altiplano boliviano -Audiencia de Charcas a partir de 1556-, el cual después de haber pertenecido al conquistador Alonso de Hinojosa, fue convertido en encomienda real por el Marqués de Cañete, al destinar sus rentas, hasta la suma de ocho mil pesos, para el abono de sueldos de los gentiles-hombres: lanzas y arcabuceros de la guardia, que prestaba servicios en el palacio de los virreyes de Lima.

La Villa Real de Aullagas -integrada en la provincia de Paria, cuya capital del mismo nombre fue la primera ciudad fundada en el Alto Perú en 1535, hoy perteneciente al departamento de Oruro- albergaba a ochocientos venticuatro tributarios o indígenas, según la tasa del virrey Toledo. Bajo la administración española, se la consideró el centro principal de otras dos poblaciones: Salinas de Tunopa, con trescientos, y Santiago de Guari, con doscientos, según el padrón mandado realizar por dicho virrey en 1575. (Cook 1975:5). Todos sus vecinos indígenas pertenecían a las etnias Uros, Uruquillas y Aullagas; estos últimos, al parecer procedían de una rama Uruquilla, que había tomado el nombre de la pampa donde habitaban, o sea de Pampa Aullagas; y de ellos, a su vez, se derivó la denominación del pueblo, si bien originariamente era Ullagas, como lo menciona Bartolomé Álvarez; pero en la documentación colonial, siempre aparece como Aullagas. Al ser estas etnias netamente autóctonas, hablaban idiomas propios, diferentes del aymara. Dichos idiomas eran de origen preaymara, muy anteriores a la destrucción del reino Puquina -cuya capital fue Tiahuanaco- efectuada por oleadas invasoras procedentes del sur del continente en el siglo XIII de nuestra era. (Espinosa 1981:175-178).

El total de personas comprendidas en el repartimiento de Aullagas sumaban cuatro mil ochocientos cincuenta y una, contando, junto a los hombres en edad de tributar, a viejos, mujeres, jóvenes y niños. Todas habían vivido dispersas en diecinueve aldeas, sobre un área de veinte leguas -que vienen a ser unos ciento doce kilómetros-, cuando todavía no estaban

integrados en los nuevos pueblos mandados crear por el virrey Toledo, los cuales ordenó con el fin de facilitar el adoctrinamiento y la evangelización de los aborígenes; y al mismo tiempo, para poder efectuar una mejor recaudación de los tributos, a cuya contribución se hallaban obligados los naturales de las Indias Occidentales, por ser considerados ciudadanos libres, en cuanto eran vasallos del rey de Castilla.

Con la misma estructura étnica descrita en la Tasa de Toledo, encontró el padre Bartolomé Álvarez a Aullagas al tomar posesión de su parroquia, en la década de los ochenta del siglo XVI; si bien entonces sólo existían ya quinientos tributarios, en lugar de los ochocientos venticuatro contabilizados en la visita del Virrey. En general, todos ellos eran gentes muy difíciles: no aceptaban el adoctrinamiento y mucho menos ser evangelizados; antes huían de los pueblos hacia partes intrincadas, a donde apenas se podía llegar. Por tanto, muchos de los nuevos enclaves humanos ordenados por Toledo, contaron con tan poca gente que ni siquiera se les pudieron construir iglesias; y consecuentemente, tampoco había doctrineros, y si los llegaban a tener, muchas veces, los rechazaban.

De los Lipés, una etnia muy cercana, dice: "...son tan libres y desvergonzados, vellacos, infieles que un día que se les antojó de no tener cura en su pueblo, que llaman Tucai, se levantó un cacique con más de setenta flecheros y se fue a la iglesia y dijo al sacerdote que no les dijese misa, y le hicieron desnudar amenazándole con las flechas; y no se atrevieron a resistirles el sacerdote y unos españoles que estaban con él". (Álvarez 1587-1588:Cap. 729, pg. 282). Sobre los Uros, que como se ha dicho eran los habitantes más antiguos de la zona, cuenta: "...los cuales son tan perdida gente y montaraz, indómita, que no se sabe cuantos son..." (Álvarez 1587-1588:Cap. 720, pg. 278 v); y de los mismos Aullagas, escribió que su cacique don Diego Sacatiri, alquilaba a viejos maestros uros para hacer ceremonias con coca en el mismo pueblo (Álvarez 1587-1588:Cap. 714, pg. 276 v).

Incluso creían aquellas gentes, que el contacto con la cristiandad y la menor práctica de sus ordinarios y antiguos ritos, les acarreaban calamidades; y no sabían solucionarlas, si no era por medio de sacrificios de animales, entre los que tampoco faltaban los humanos: así fue el caso ocurrido en los llanos cercanos a la ciudad de Trujillo -en la costa peruana-, donde según Álvarez, tras una fuerte desgracia sufrida por la comunidad, para remediarla, robaron en Lima a un niño de mediana edad, que se hallaba en la capital del virreinato al servicio de un español, perteneciente a la aristocracia indígena de la Sierra. Después de haberle llevado a su pueblo viejo -donde vivían antes del creado en las reducciones de Toledo-, una noche, al salir la luna llena, estando juntos los caciques y los vecinos, en una *taqui* o fiesta donde todos cantaban, hicieron sangrar por la nariz al muchacho, a quien previamente habían colocado un cascabel de Castilla en uno de los pies. Seguidamente, recogieron la sangre en una escudilla, y tras untarse todos con ella los rostros y las cabezas, entre otras ceremonias ofrecieron el niño a la luna, y a continuación le sacrificaron (Álvarez 1587-1588:Cap. 25, pgs. 87 y 87 v).

La Luna fue uno de los dioses principales de los Uros (Murillo 1975:Tomo III, pg. 5); en cambio entre los Incas se consideraba una diosa menor del Coricancha. Tampoco se frecuentaba el sacrificio de niños en el Incanato, a no ser en ocasiones muy especiales, como en la muerte de algún monarca, en bendiciones de templos, o en acontecimientos muy importantes; para tales momentos se efectuaba la *capacocha*, que consistía en el enterramiento de varias parejas de niños y niñas de unos cinco años, lujosamente ataviados de ropas y ajuares (Betanzos 1987:142); sin embargo, las etnias del territorio de Charcas, anteriores a la invasión incaica, sí solían ofrecer a niños en calidad de víctimas propiciatorias. Incluso, en la actualidad, los componentes de las comunidades campesinas bolivianas siguen practicando el rito de untarse con sangre en las fiestas, y también la esparcen por las paredes de sus casas o lugares de trabajo -como yo he podido apreciar, hace poco tiempo, en el interior de

una mina en Potosí; es igual que lo descrito por nuestro autor, con la única diferencia, de que la sangre ahora empleada no es humana, sino de llamas.

Continúa diciendo Alvarez que, aun habiendo bautizado sus parroquianos a los hijos pequeños, secretamente también les hacían ceremonias paganas para proteger sus vidas; las describe así: se juntaban los curacas, mandones y viejos hechiceros, en una casa grande y circular, destinada a la realización de aquellos rituales. Seguidamente iban llegando las mujeres con los niños nacidos durante el último año; les llevaban dentro de una manta atada a las espaldas -como todavía se usa hoy en todo el territorio andino- y acercaban los bebés a aquellas autoridades, quienes les daban bendiciones y les auguraban buenos sucesos en sus vidas. A la vez echaban hojas de coca, recibidas de las madres, en un fuego encendido en medio de la estancia, al que alimentaban con excremento de auquénidos. Acompañaban la ceremonia con el sacrificio de una llama o de un cuy, el llamado conejo de Indias -según las posibilidades económicas de las familias-, en cuyas vísceras leían y pronosticaban las futuras y buenas noticias.

EL CULTO A LAS HUACAS

Como ya se vió, el culto a las huacas o ídolos locales fue combatido oficialmente en la década de los sesenta, con el apresamiento de los adeptos del Taqui Onqoy y la destrucción de los santuarios que encontraron los sacerdotes; pero a pesar de ello, en los años ochenta se hallaba completamente vigente en todo el territorio del entonces enorme Perú, pues los naturales escondían a estos dioses en sus viejos pueblos y en los lugares más insospechados, y allí iban a adorarlos.

En tal sentido, dice Alvarez que en una ocasión, fue advertido por un niño de unos cinco años, de que cuando en ciertos días salió de la parroquia para realizar trabajos en Salinas -una de las dos doctrinas comprendidas en el repartimiento de Aullagas-, todos sus feligreses se fueron al pueblo viejo; y allí, tras colocarse en una tumba -muy difícil de detectar, pues estaba cubierta por infinidad de plantas, donde tenían a varios de sus muertos, y entre ellos al más antiguo ancestro, el progenitor de su linaje que había dado origen a la huaca-, se disciplinaron dándose azotes, y a continuación encendieron una hoguera en la cual echaron -uno a uno- hojas de coca; por último, sacrificaron varias llamas. Mientras realizaban las ceremonias, llamaban a los difuntos por sus nombres y les invocaban, pidiéndoles protección y bienestar.

Pero no sólo adoraban a las huacas de los antepasados, a los cuales daban la categoría de dioses, creyendo que podían hacer el bien o el mal a sus descendientes, según si les ofrecían ceremonias o no. Existían infinidad más; algunas eran elementos inanimados que para ellos se manifestaban con poderes divinos, como algunos montes, ríos, peñas, piedras, etc. También ciertos animales gozaban de tales poderes; buen ejemplo son el puma y el cóndor, a los cuales consideraban sagrados. Cada pueblo y cada *ayllu*, o agrupación familiar, poseía una huaca propia, y la llevaba consigo cuando se mudaban de un lugar a otro, buscando mayor abundancia de alimentos. Igualmente, al pelear con otras etnias, estaban presentes; y los que perdían, decían que su huaca iba vencida. (Alvarez 1587-1588:148-160).

Sobre este particular es muy elocuente la narración de Juan de Betanzos a la muerte de Huayna Capac -a raíz de la cual, como anteriormente se dijo, se iniciaron las guerras civiles entre sus dos hijos: Huascar y Atahualpa-, porque es un buen testimonio de la transformación, en el mundo andino, de un ser de carne y hueso en ídolo o huaca, incluso cuando ya los españoles habían hecho acto de presencia. De dicha versión se desprende que el cuerpo del emperador Huayna Capac -momificado-, a petición de Huascar, fue llevado desde Quito al Cusco para que recibiese los honores que le correspondían, como a un nuevo dios en el

Coricancha, el mayor templo del imperio; y por su parte, Atahualpa en Quito también decidió rendirle el mismo homenaje. Y así, con algunos cabellos, trozos de uñas y carne de su propio cuerpo, sacada en el proceso de la momificación, mandó hacer dos estatuas: una para dejarla en el palacio de dicha ciudad; y otra para llevarla consigo en los desplazamientos y batallas. (Betanzos 1987:209).

Pero la mayor parte de estas huacas estaban hechas de piedra; simbolizaban las figuras de los Incas reinantes y de sus ancestros principales. Decían que aquéllos se les aparecían después de muertos, y les demostraban enojo enviándoles enfermedades, desgracias y hasta la muerte de algunos miembros de la familia, por no haberles hecho ceremonias y sacrificios desde que les enterraron. Había huacas por todas partes; incluso al hallarse de viaje, en ciertos lugares juntaban piedras -eran las llamadas *apachetas*- y todos los caminantes, que por allí pasaban, debían ofrecerles algún presente de coca verde o mascada, *ojotas* -sus zapatos-, plumas, maíz, afeites de las mujeres, o cualquier otra cosa; y si no llevaban nada, como símbolo de su agasajo, les depositaban un palo, otra piedra, una flor, etc. Hacían las ofrendas para que la huaca les fuera propicio durante la caminata.

Cuando los Incas invadían un pueblo, prohibían el culto de las huacas locales; mas si las podían mover, los curacas invadidos las trasladaban al Cusco, acompañándolas de su leyenda o historia. Una vez en la ciudad sagrada, las llevaban ante el oráculo del Inca, quien las consultaba, y si le contestaban, eran aceptadas y las mandaba adorar, devolviéndolas a su lugar de origen; en caso contrario, las hacía retirar del estamento religioso (Alvarez 1587-1588:113- 120). Siempre se había sospechado la existencia de la confesión en el mundo andino, pero no se conocía en profundidad cuál era el alcance de dicho precepto. Justamente, esta es una de las noticias más importantes de las desveladas por el padre Alvarez en la relación dirigida a Felipe II. La presenta como un rito de purificación, precedente a las ceremonias transcendentales, llevadas a cabo por la comunidad o por alguno de sus miembros. Cita dos ejemplos básicos: uno cuando se preparaba a la Pachamama o madre tierra para la siembra; y otro, al deber de iniciar un viaje cualquier persona del ayllu.

Los confesores eran asimismo los ancianos, a quienes por respeto llamaban padres. Al comenzar a labrar las tierras de la comunidad -la única posesión de las gentes del pueblo, puesto que no había propiedad privada, a no ser muy escasamente entre las élites- se levantaban todos los comuneros un día muy temprano y se dirigían al campo -a un lugar cercano a la huaca, desde donde la podían ver- acompañados de tres de los ancianos o maestros. Una vez allí, éstos se sentaban y comenzaban a confesar a cada miembro, los cuales muy respetuosamente decían sus pecados. Al terminar, el confesor preguntaba si los habían dicho todos, se habían dejado alguno, o habían mentido, pues la huaca sabía muy bien cuando ocultaban algo o mentían, en cuyo caso toda la comunidad sería castigada con enfermedades, falta de agua en las *chácaras* -sus parcelas-, hielos y granizos.

Si se afirmaba el hombre en que había dicho la verdad y no lo consideraba así el confesor, otro de los maestros tomaba una hoja de coca, entera y sana, de diferentes colores por cada lado -o sea verde claro por uno y oscuro por el otro-, la tiraba al aire y decía con gran solemnidad :

- "ahora mostrará la huaca si has dicho verdad o mentira"; y tras caer la hoja en el suelo, todos miraban el color que tenía. Al ser claro, pensaban que el hombre había confesado bien, por lo que la huaca se presentaría propicia a la parcialidad y no habría desgracias; entonces el tercer maestro le declaraba perdonado. Pero si la hoja caía de verde oscuro, le amonestaban, alegando que engañaba, y le conminaban a realizar nuevas confesiones, hasta considerar que decía la verdad.

En ocasiones también se reunía el total del ayllu en una casa, donde el maestro igualmente les exhortaba a que dijeran sus pecados públicamente; y así pasaban uno a uno

exponiendo sus faltas. Si también sospechaban que alguien había hecho la confesión incompleta o no se atenía a la verdad, le hacían tomar un palo con ambas manos y le ordenaban ponerlo sobre el pecho; y así colocado, le obligaban a que lo rompiera encima del corazón, para que se quebrantase por su dureza, pues había puesto en peligro a toda la comunidad.

Algunas mujeres no querían descubrir sus secretos y se excusaban de hacer la confesión; al verse forzadas por los maestros, huían. Estos las mandaban buscar con dos mozos, y si se seguían negando, las golpeaban con un palo en las espaldas hasta brotarles sangre. Por las buenas o por las malas, las hacían confesar; además del castigo corporal que las habían aplicado, como a los demás, las amenazaban con que no comerían aquel año. Sustentaban que el ayllu no podía sembrar, dado que al hacerlo con pecados, la Madre Tierra se enfadaría y les mandaría muchas desgracias, y no dispondrían de alimentos. Por supuesto, dice Alvarez, que los maridos estaban muy de acuerdo en que se confesasen, pues de esta forma se enteraban de si eran adúlteras.

También se juntaban todos en una casa, cuando un miembro del ayllu debía emprender viaje. En tal momento, el maestro llevaba una taleguilla con coca y cierta cantidad de sebo, y repartía un poco de ambos productos a cada uno de los presentes, quienes los colocaban en la mano derecha, al tiempo que la ponían en alto. Seguidamente, ordenaba que se confesase primero el viajero, para que no le sucediera nada negativo en el camino; después todos los demás iban diciendo sus pecados por amor al que se marchaba. Por último, el hechicero tomaba la coca y el sebo que la gente había mantenido en las manos mientras se realizaba la confesión, y haciendo un envoltorio, los llevaba a un cerro o barranco cercano, donde lo arrojaba al aire, con la certeza de que los pecados de todos ellos, mezclados entre la coca y el sebo, se perdían en el vacío. Así el viajero y los miembros de la parcialidad quedaban limpios.

Sigue comentando Alvarez, que ya limpios y purificados, podían viajar y ofrecer sus rituales a las huacas y a la Pachamama; rituales en los que nunca faltaban la hoja de coca y el sacrificio de animales, tal cual se ha visto. Pero lo determinante del presente trabajo, es llegar a la conclusión de que todas aquellas ceremonias y ritos que se efectuaban en los Andes desde tiempos ancestrales, siguen hoy tan vigentes, como en el siglo XVI los describió el padre Alvarez; yo los he podido ver en algunas ocasiones, y aún he participado en varios. Con especial emoción recuerdo siempre "el pago" que el ayllu Sucusu-Aucalli del pueblo de San Sebastián, cercano al Cusco, ofreció a la Pachamama para pedirle que regase sus campos y les diera abundante cosecha.

CONCLUSIONES

Sin duda, todavía existe una gran supervivencia mística tradicional, pues aparte de las ceremonias mencionadas, cuando se entra en un templo, es muy corriente ver a hombres y mujeres aborígenes orando casi siempre en voz alta; pero enseguida se advierte, que en estos rezos -mitad en castellano, mitad en quechua, o sólo en quechua- hay un sincretismo absoluto, pues tan pronto invocan al Señor de los Temblores -Patrón Jurado del Cusco, con quien incluso simbolizan a los montes o *Apus* tutelares- como a la Pachamama y a la Virgen María. Justo en esos momentos, la Historia pone de manifiesto las evidencias recogidas por los cronistas, y mucho más si nos adentramos en comunidades lejanas, ubicadas en zonas de sierra, porque en ellas apenas se puede hablar de sincretismo, sino de una auténtica religión paralela. Todo es producto del rechazo a las formas culturales de Occidente que los hombres, pastores y campesinos del Ande, generaron y han sabido mantener durante quinientos años.

REFERENCIAS

ALVAREZ, Bartolomé

- 1587/1588 *Costumbres de los Indios del Perú*. En *Costumbres y conversión de los Indios del Perú. Manual a Felipe II*. Martín Rubio, M. del Carmen, Juan J. R. Villarías Robles y Fermín del Pino Díaz (eds.). Editorial Polifemo. Madrid (En prensa).

BETANZOS, Juan de

- 1987 *Suma y narración de los Incas*. Transcripción, prólogo y notas de M. del Carmen Martín Rubio. Ediciones Atlas. Madrid.

BUSTO, José A. del

- 1978 *Historia General del Perú*. Lima.

CIEZA DE LEON, Pedro

- 1969 *El señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación*. Biblioteca Peruana, Tomo II. Lima.

CUSI YUPANQUI, Tito

- 1988 *Vilcabamba*. Martín Rubio, M. del Carmen (ed.). Editorial Atlas. Madrid.

ESPINOSA SORIANO, Waldemar

- 1981 *Los Incas. Economía, Sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyo*. Amaru Editores.

GUILLEN GUILLEN, Edmundo

- 1994 *La guerra de reconquista Inca. Vilcabamba; epílogo trágico del Tahuantinsuyo*. Lima.

GUZMAN PALOMINO, Luis

- 1997 *Los Incas. Hurín contra Hanan y guerra de Panakas*. Espinosa Soriano, W. (presentación), Martín Rubio, M.C. (prólogo). Ediciones Pachacama. Lima.

LEVILLIER, Ricardo

- 1921-1926 *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles, siglo XVI*. Documentos del Archivo General de Indias, 14 volúmenes. Madrid.

MAURTUA, Víctor M.

- 1906 *Juicio de lmites entre Perú y Bolivia*. Prueba peruana presentada al gobierno de la República Argentina. Barcelona.

MURILLO VACARREZA, Josemo

- 1975 *Monografía de Bolivia. Oruro y Santa Cruz*. Tomo III. Biblioteca del Sesquicentenario de la República. La Paz.

OCAMPO CONEJEROS, Baltasar

- 1923 Descripción de la provincia de Sant Francisco de la Victoria de Vilcabamba, Cómo se tuvo noticia della y de su descubrimiento, etc. En Markan, Clemente: *Las posesiones geográficas de las tribus que conformaban el Imperio de los Incas*. Lima.

VEGA, Inca Garcilaso de la
s.f. *Comentarios reales de los Incas*. Editorial Universo. Lima.

VILLANUEVA URTEAGA, Horacio
1970 Documentos sobre Yucay en el siglo XVI, *Revista del Archivo Histórico del Cusco*, 13.

DOCUMENTOS

1572 *Auto del virrey D. Francisco de Toledo para que se publicasen en el Cuzco las condiciones con que mandó hacer la población de españoles en la provincia de Vilcabamba*. Cuzco, 2 de julio. Manuscrito sg. 3035. Número 40, folio 468.